

rada, donde teniendo cada uno una vela en la mano rezaban en forma de letanías los nombres de los demonios, hasta que, ya fuese por prestigio ó por superchería, se les aparecía alguno en forma de un animalo. Apagaban entonces todas las luces, y se abandonaban á la brutalidad de su pasión, cogiendo cada uno á la primera muger que encontraban á mano. Cogían á uno de los niños que nacían de este comercio brutal, y á los ocho dias le quemaban en sus asambleas. En seguida recogían las cenizas con un respeto igual al que manifestaban los fieles con respecto al cuerpo de Jesucristo, las daban á los nuevos discípulos para iniciarlos, y las administraban por viático á los que estaban en peligro de muerte: prácticas infernales, dicen los escritores contemporáneos, de que resultaba en aquellos miserables una ceguedad de espíritu y una obstinación tan grande, que en cierto modo imposibilitaban su conversión.

Instruido perfectamente Arefasto en estos misterios de tinieblas, y conociendo á las personas que los practicaban, comunicó sus descubrimientos al rey Roberto, que corrió á toda prisa á Orleans, acompañado de gran número de obispos. Al día siguiente al de su llegada mandó prender á todos los sectarios y al mismo Arefasto, para ocultar mejor el autor de la delación. Congregóse al momento el Concilio en la iglesia de Santa Cruz en presencia del monarca, y se mandó que compareciesen los presos. Tomó la palabra Arefasto, y dijo al rey: «Señor, yo soy vasallo de Ricardo, vuestro conde de Normandía, y no hay ninguna razón para traerme aquí cargado de cadenas.» A lo que contestó el rey: «Para que podamos juzgar con conocimiento, explicadnos á qué fin habeis venido á esta ciudad.» Arefasto respondió diciendo, que la buena opinión de los que estaban presos con él le había movido á emprender aquel viaje para apro-

vecharse de sus instrucciones. Despues, trazando á estos con mucha naturalidad y como sin intención el camino que debían seguir, y dándoles ejemplo de la sumisión á la autoridad de la Iglesia, añadió: «Los obispos que están reunidos en este sitio en nombre del Señor, pueden juzgar si he procedido mal en esto. Manden, pues, á los que me han instruido que espongan su creencia.» Dieron orden al punto los prelados y el príncipe á los hereges para que declarasen su sentir; pero ellos se obstinaron en usar del lenguaje oscuro y figurado que tomaban de la Escritura para engañar á los sencillos, y no fué posible reducirlos á que se esplicasen con claridad.

Arefasto respondió entonces con indignación: «yo me lisonjeaba con la esperanza de encontrar en vosotros la franqueza heroica de los doctores de la verdad y no la ficción tímida y baja de los maestros del error. Cuando me enseñábais vuestros dogmas como si fuesen la doctrina de la salvación, protestábais que el temor de los mas crueles suplicios no os obligaría á dejar de confesarlos. Pero ahora á vista de la vileza con que perjuraís, veo ya lo que debo pensar de vosotros. En cuanto á mí quiero obedecer al rey, y declarar vuestra creencia á los obispos para aprender de los que han dado el Señor por guías á su Iglesia lo que es conforme ó contrario á la fé cristiana. Vosotros me habeis enseñado que el Bautismo no tiene ninguna virtud para borrar el pecado; que Jesucristo no nació de la Virgen, ni murió por los hombres, ni fué sepultado ni resucitó; y que el pan y el vino no se convierten por la consagración del sacerdote en el cuerpo y sangre de Jesucristo.» Guerin, obispo de Beauvais, oido este discurso, preguntó á Esteban y á Lisedo, como cabezas de la secta, si en efecto era aquella su creencia. La fuerza y claridad del raciocinio de tal suerte los despecharon, que

dejando á un lado todo temor y todo miramiento, dieron á nuestros divinos misterios el nombre de invenciones humanas y cuentos pueriles, que «pueden escribirse muy bien, decían, en los pergaminos, pero que nunca profundizarán en nuestros corazones, en los cuales grabó el Señor por sí mismo su ley verdadera.» Desde el amanecer de aquel día hasta las tres de la tarde no se cesó de trabajar para librarlos de los errores en que vivían. Mas ellos respondieron, que pues en vez de abrazar la verdad solo se trataba de obligarlos á renunciarla, era ya tiempo de poner fin á unos esfuerzos inútiles y que podían hacer de ellos cuanto les viniese en gusto. «Si á la mayor brevedad, se les dijo, no mudáis de parecer, vais á ser abrasados vivos, porque el rey no puede negar esta justicia al orden público.» Respondieron, riéndose de los que querían convertirlos, que nada temían y que se saldrían de la hoguera sin lesión alguna.

Al punto se procedió á su castigo; y principiaron los obispos por degradar á los que habían recibido las órdenes sagradas, despues de lo cual condenaron al fuego á todos aquellos desgraciados. Eran quince, y solo se libertaron del castigo un clérigo y una religiosa que abjuraron su falsa doctrina y se convirtieron. Era tanta la irritación del pueblo que estaba fuera del tribunal, que la reina, temiendo que entrase la gente y los despedazase se estuvo á la puerta. Mas al salir los reos mostróse esta princesa tan indignada contra Esteban, que había sido su confesor, que le sacó un ojo con la punta de una varita que llevaba en la mano. Condujéronles fuera de la ciudad hácia la cabaña á la que habían prendido fuego, y les enseñaron el fuego desde lejos para ponerles pavor. Al ver este horrible espectáculo crecieron su ardor y su obstinación: apresuraron el paso, y hacían esfuerzos para desprenderse de las manos de los que los

llevaban á fin de arrojarse cuanto antes en medio de las llamas. Mas no tardaron en desmentir este desesperado arrojarse; porque luego que se vieron encerrados en aquella prisión encendida, y experimentaron los efectos del fuego, principiaron á dar unos alaridos horribles, exclamando que los había engañado el demonio. Los circunstantes se compadecieron de ellos y acudieron al punto á abrirles la puerta; pero ya era tarde, puesto que habían quedado ahogados en un instante. Entre estos fanáticos había diez canónigos de Santa Cruz; y sabiendo que Teódoto, chantre de aquella iglesia, había muerto tres años antes con el mismo modo de pensar, le desenterraron y arrojaron en un muladar todo lo que quedaba de su cadáver. Se hizo este castigo siendo obispo Odalrico, que en aquel mismo año (1022) había sucedido á San Thierri, de donde se infiere que el Concilio de que hemos hablado no se celebró en el año 1017, como lo han afirmado algunos autores.

El rigor con que trató el rey á unos sectarios no menos perjudiciales á la república que á la Religión, preservó de este contagio á la ciudad de Orleans y á los demas Estados de Roberto; y aunque se introdujo en algunos sitios de Aquitania, procuró desvanecerle con la mayor vigilancia y severidad el duque Guillermo V, hijo de Guillermo *brazo de hierro*. Los hereges fueron perseguidos con tanto rigor en todos sus dominios, que se dispersaron por las provincias vecinas, donde procuraron obrar exteriormente de modo que no escitasen la execración del público. Este fué el primer germen de la heregia de los albigenses en los países meridionales de la Francia, en los que la molición y descuido de los que mandaban la dieron los medios de fortificarse y de inundar, en fin, de sangre aquellas hermosas provincias.

El duque Guillermo amaba mucho su religión y su pueblo para dejarlos espuestos

á tan grandes peligros. Era el padre de los pobres, el protector de los monges y de los hombres de bien, y el defensor ilustrado de la Iglesia. Habíanle instruido con perfeccion cuando era jóven; tenia muchos libros en su palacio, y á ejemplo de Cárlo Magno ocupábase en la lectura los ratos ociosos y estaba siempre rodeado de eclesiásticos sabios. No faltaba por esto á su grandeza y á su dignidad. Así cuando viajaba, como cuando vivia en su córte, parecía mas bien un rey que un duque, y tenia amistad muy estrecha no solo con el rey Roberto, sino tambien con todos los monarcas mas célebres, á saber, con Alfonso, rey de Leon, con Sancho de Navarra, con Canuto de Dinamarca y de Inglaterra, y particularmente con el emperador Enrique. Siguió el ejemplo de todos los varones piadosos de su tiempo visitando los santuarios mas célebres; tan distante estaba de emplear su talento é instruccion, de todos conocida, en desacreditar unas prácticas que pueden tener sus excesos, pero cuyo desprecio es un escándalo mayor todavía que el abuso de ellas. Acostumbróse desde su edad juvenil á hacer todos los años la peregrinacion de Roma ó de Santiago de Galicia (1).

Descubrióse por entonces (1010) en el monasterio de Angeli en Saintonge, segun se creia, la cabeza de San Juan Bautista, que dicen fué llevada allí en el reinado de Pipino, rey de Aquitania, fundador del monasterio. Observando Guiberto de Nogent los anacronismos contenidos con un escrito que estaba unido á la reliquia, se declaró contra su autenticidad (2), y publicó que la cabeza del santo precursor era entonces venerada en Constantinopla, desde donde fué trasladada despues á Amiens, segun la opinion de algunos autores respetables, quienes

(1) Ademar. pag. 172 et. seq.

(2) Ademar. in Chron. tom. 2. Bibl. Labb.

añaden que la reliquia de Angeli era la cabeza de un San Juan de Edesa. Mas esta devocion acarreó una ventaja real á aquel monasterio, pues sirvió para restablecer en él la disciplina religiosa. Habiendo llamado el duque Guillermo al santo abad Odilon, le entregó la abadía de San Juan, en la que floreció muy en breve la regularidad de Cluny, bajo el gobierno sucesivo de los abades Reinaldo y Aymerico, discípulos de Odilon.

Algun tiempo despues ilustró el duque de Aquitania su piedad y religion de un modo tanto mas admirable cuanto que triunfó de una pasion que por lo regular suelen erigir en virtud los grandes de la tierra. Vacó el trono de Italia por muerte del emperador, á los italianos, que principiaban á cansarse de la dominacion germánica, fijaron los ojos en el rey de Francia. Juzgando Roberto que sus Estados eran ya de bastante estension, y prefiriendo acrecentar su poder con la adquisicion de los antiguos derechos de la dignidad Real mas bien que con adquirir nuevos dominios, no vaciló un instante en rehusar la oferta de los italianos (1024). Dirigiéronse pues estos á Guillermo, quien al pronto pareció recibir bien sus homenajes. Pasó á Italia para ponerse de acuerdo con los señores principales, los que le propusieron que arrojase de sus Sillas á una multitud de obispos irreprehensibles en su ministerio, y que sin duda no tenían mas delito que el de haber nacido alemanes. Empero rehusó comprar una corona con una condescendencia tan contraria al honor como á la Religion, y escribió en estos términos lacónicos al marqués Magenfredo: «Los designios de vuestra nacion no se conforman con el honor, y no puede haber seguridad en un pueblo de ese carácter (1).» Leon, arzobispo de Ravena, que entonces estaba espulsado de su Sila,

(1) Epist. Guill. inter ep. Fulb.

afectaba ser uno de los mas adictos al duque; pero se descubrieron sus ideas interesadas por haberle pedido con la mayor desfachatez algunas cosas raras de Aquitania, y entre otras un hermoso tapiz y alguna mula maravillosa de aquella provincia. Trató el duque al avaro italiano con el desprecio irónico que merecia, y le contestó que cuando encontrase un mula con cuernos ó con muchas colas, le enviaria aquel fenómeno; y esplicándose despues con mas seriedad: «no tengo por qué quejarme, añadió, de la infidelidad de los lombardos, á vista de la que han cometido contra Dios. Seria mio el reino de Italia si yo hubiese querido oprimir á sus mas dignos obispos; pero no permita Dios que ultraje yo á la Iglesia que honraron siempre mis padres.»

Mediaron estas contestaciones poco despues de la muerte del emperador Enrique, que fué á recibir la recompensa de todas las virtudes que constituyen los grandes principes y los grandes Santos, el dia 14 de julio del año 1024. Viajando en compañía de todos los grandes y de la emperatriz Cunegunda, le fué preciso detenerse en Grona, ciudad de Sajonia, á causa de las muchas incomodidades que sufría, y que le redujeron muy en breve al último extremo, aunque solo tenia entonces cincuenta y dos años de edad. Conociendo que se aproximaba el fin de su vida, llamó á los parientes de la emperatriz su esposa, y les dijo, segun la relacion de muchos historiadores, á pesar de que hay otros que no piensan así (1): «os la devuelvo virgen como me la entregásteis;» y pronunciadas estas palabras espiró, vertiendo copiosas lágrimas todos los circunstantes por la memoria de su bondad y por la admiracion de sus virtudes. Trasládaron su cuerpo á la catedral de Bamberg, fundada por el mismo Enrique. Los milagros

allí obrados convirtieron muy pronto el sentimiento en una veneracion religiosa, y movieron á la Santa Sede á canonizarle con gran solemnidad en el siglo siguiente.

Podemos juzgar de los inmensos bienes que hizo á la Religion (que está por lo comun en los pueblos en el mismo grado que en los prelados eclesiásticos) por la multitud de dignos obispos que colocó ó protegió en las diversas Sillas de Alemania. Fueron de este número Meingaldo y Poppon de Tréveris, Eriberto y Filegrim de Colonia, Archambaldo de Maguncia, Burcardo de Worms, Bernuando y Godhardo de Hildesheim, Meinverco de Paderborn, con otros muchos que murieron en olor de santidad, venerándose á la mayor parte de ellos con culto público. Tales son las ventajas inapreciables que puede proporcionar á la Iglesia un príncipe que atienda con tanta constancia como lo hizo este santo emperador á la eleccion de los obispos. Sucedióle Conrado, llamado el Sáfico, duque de Lorena, de la familia de Othon el grande. Conrado fué elegido rey de Germania por los Estados reunidos entre Worms y Maguncia, y despues fué consagrado en Aquisgran á 8 de setiembre de 1024. Pasados dos años y medio recibió en Roma la corona imperial con la reina su muger el dia de Pascua 26 de marzo.

Viéndose la emperatriz Cunegunda libre de la esclavitud del mundo, corrió al punto á consagrar al Señor la virginidad que segun la opinion general habia conservado durante su matrimonio. Retiróse al monasterio de Kaffungen, fundado por ella cerca de Cassel, en la diócesis de Paderborn; y en el mismo dia del aniversario de su esposo, en que se celebraba la dedicacion de la iglesia, se presentó, mientras se decia la misa, al pié del altar revestida de todas las insignias imperiales, y ofreció un pedazo de la verdadera cruz. Concluido el Evangelio, se quitó la púrpura y los demás dis-

(1) Vit. S. Henr. lib. 2, cap. 27; Sur. 24 jul. B. DEL C., tomo V.—XVIII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo III.

tintivos de su grandeza, vistióse una túnica de color oscuro que había trabajado ella por sus propias manos y estaba bendecida por los obispos; dispuso que la cortasen el pelo, y cantando las oraciones señaladas para la consagración solemne de las vírgenes, recibió de los sagrados ministros el velo y el anillo. Vivió nueve años en este monasterio, siempre en la clase de simple religiosa, y como si fuese la más inferior de las monjas, temiendo la ostentación aun en el ejercicio de la humildad, consagrándose al trabajo de manos, como si lo practicase por necesidad y apropiándose aquellas palabras

del Apóstol: *el que no trabaja no debe comer.* Murió consumida de las abstinencias y penitencias (1058), y la dieron sepultura en Bamberg al lado de su santo esposo habiendo ella prohibido, por un efecto de su humildad, que así en el funeral como en el sepulcro le hiciesen la menor distinción. Las ofrendas de los enfermos que recobraron la salud en su tumba la condecoraron con más honrosos trofeos; y acumuláronse en tanto grado las pruebas de sus heroicas virtudes, que la Iglesia la colocó en el número de los Santos en el año 1200 (1).

LIBRO TRIGÉSIMO-PRIMERO.

Desde la muerte del emperador San Enrique en el año de 1024, hasta la consumación del cisma de los griegos en el de 1054.

Falleció el Papa Benedicto VIII en el mismo año, y según la cronología más exacta, en el mismo mes que el emperador San Enrique, es decir, á últimos de julio del año de 1024. Sucedióle su hermano Juan XIX, hombre secular, senador, cónsul y duque de Roma (1), que probablemente fué encumbrado al sòlio pontificio en el discurso del mes de agosto siguiente. Afirman algunos escritores contemporáneos que su elección fué obra del soborno: lo que quizá carece de otro fundamento que la sed del oro, atribuida por estos autores al pueblo romano, en el que, si hemos de darles crédito (2), parece que esta pasión, reina del universo,

había fijado la capital de su imperio. Como quiera que sea, lo cierto es, que se propagó demasiado este rumor vergonzoso, causando tal impresión en los griegos, que osaron proponer al nuevo Pontífice un tráfico de la misma especie. Puesto de acuerdo con el emperador Basilio el patriarca de Constantinopla Eustacio II, pretendió comprar á Juan XIX el título de obispo universal en la iglesia de Oriente; título que habían negado siempre los Papas á sus predecesores. Envió diputados á Roma, y les dió regalos preciosos, así para el Pontífice como para los romanos que se declarasen favorables á

(1) Papebr. conat.; Chron. Cass. lib. 11, cap. 37.
(2) Hug. Flav. Chron.

(1) Act. Bened. Saec. VI, pag. 458; Bolland. die 3 mart. t. 6, p. 266.

su pretensión (1). Pero no fué posible manejar con tanto secreto este negocio que no llegase á traslucirse algo en público y bastó el solo temor de semejante iniquidad para alarmar hasta en Francia á muchos hombres llenos de celo por la verdadera gloria de la Iglesia romana.

El beato Guillermo, abad de San Benigno de Dijon, y natural de Italia, donde había sido discípulo de San Mayeul, desplegó el más loable celo por conservar el honor de la eminente Cátedra en que consistía más el glorioso esplendor de su patria (2). Este celador de la disciplina religiosa llamado *Reglaviva* á causa de su vigilancia y de su exactitud egemplar, con la que restableció la regularidad en cuarenta comunidades que comprendían mil doscientos monges sujetos á su obediencia, hablaba á los soberanos con tanta franqueza como á sus religiosos y con el valor y resolución que inspira la virtud heroica. Dijo un día al rey Roberto y á la reina su esposa, que estaban inconsolables por la muerte de su hijo primogénito, que él tenía por feliz á aquel príncipe jóven y virtuoso que había muerto antes de ocupar el trono, pues no encontraba estado más peligroso para la salvación que el de los reyes. Y pareciéndole que estas palabras ofendían á los que no estaban acostumbrados á tanta franqueza, añadió para darles más fuerza: «No habeis leído alguna vez en los libros sagrados, que de treinta reyes apenas existen tres buenos? Dejad pues de llorar á un hijo que debía reinar algún día; antes bien alegraos de que descanse en paz.»

Quando llegó á noticia de este varón intrépido lo que se urdía en Roma, escribió al Papa de un modo muy enérgico, aunque sin faltar al debido respeto. «El Doctor de las naciones, le dijo, nos avisa que no re-

prendamos con dureza á las personas constituidas en dignidad; pero también añade: *Si soy insensato, vosotros me habeis obligado á serlo.* Somos á la verdad vuestros hijos, y debemos venerar á nuestro padre. Mas el amor filial es el que nos impulsa á interesarnos por vuestra gloria, y el que por nuestra boca os presenta por modelo á aquel de quien sois Vicario. No rehusaba el Hijo de Dios preguntar á sus discípulos qué pensaban de él. Preguntad del mismo modo á vuestros hijos más queridos, á algunos de vuestros amigos íntimos lo que se opina de vos. Se dice públicamente que los griegos han conseguido lo que por un mero afecto de vanidad han pedido á aquel que, á pesar de la división del imperio romano entre muchos potentados, conserva todo el poder primitivo de atar y desatar. Sabed que este rumor escandaloso tiene llenos de amargura á todos los que están dotados de alguna virtud.» El asunto no había llegado al extremo que creían en Francia, pues ni el Papa había concedido todavía nada á los griegos, ni lo otorgó en lo futuro; y parece que después de haber recibido esta epístola adquirió un nuevo grado de firmeza y de circunspección.

La vigilancia de los prelados franceses dióse á conocer de un modo no menos brillante en el Concilio celebrado en el año 1025 en un lugar llamado Ansa, distante algunas leguas de Lyon (1). Gauzlin de Macon se quejó de que Burcardo de Viena había ordenado sin su consentimiento á unos religiosos en el monasterio de Cluny, que era de la diócesis de Macon. Respondió el arzobispo de Viena en estos términos: «El abad Odilon que está presente, y me suplicó que confiriese aquellas órdenes, se halla en estado de establecer su legitimidad.» Odilon se levantó, y presentó un privilegio obtenido del Papa, en que se concedía á los mon-

(1) Glab. lib. 6 hist. cap. 1.

(2) Vit. Guill. Act. SS. Bened. saec. VII.

(1) Tom. 9 Concilior. pag. 869.